

## EL VIAJE DESEADO

Acalia había crecido con el sueño y deseo de viajar a la galaxia más cercana a la suya. Aquella que se veía como una manchita difusa a simple vista en el cielo nocturno.

Hacía ya años que había que salir a lugares muy apartados de las grandes ciudades para poder disfrutar de ese espectáculo.

Las figuras que formaban las estrellas habían despertado su interés desde pequeña, se lo sabía todo sobre ellas. Tener un aparatito que le permitiese observar los cuerpos celestes con más detalle fue un anhelo durante su infancia y lo consiguió al final de los estudios secundarios.

Aquella manchita difusa estaba a más de dos millones y medio de años viajando a la velocidad de la luz. Era un objeto que fascinaba a muchos, lo habían estudiado al detalle y formaba parte de un Grupo. Era una de las tres más grandes y brillantes. Era una galaxia espiral, como la suya.

Los vuelos interestelares estaban muy desarrollados en aquella época. Toda criatura nacía ya con ciertas capacidades antes desconocidas: se podían adaptar, de forma automática, a las distintas gravedades de los planetas de los diferentes sistemas solares y los efectos de viajar a la velocidad de la luz apenas dejaban huella en la salud de quienes los realizaban. Tan solo unas arruguitas “de más” en el cuello.

Así, cuando era niña, a Acalia le encantaba descubrir esas arruguitas en el cuello de sus héroes viajeros. Sabía de las proezas que cada uno había llevado a cabo y cuáles habían sido los resultados de esos “paseos” exploratorios en busca de los confines del Universo. Su biblioteca estaba llena de documentación con información sobre la formación de este, su evolución, características, y toda clase de objetos que había en él.

Se habían desarrollado las salidas y retornos al planeta con suma facilidad. La Ingeniería espacial del momento había dejado obsoleta la tecnología del motor de curvatura o las dimensiones extra. Se había superado la modificación de las constantes físicas para poder aumentar la velocidad máxima en el universo. Las autopistas interestelares recurrían a los pliegues del universo y a los agujeros de gusano, ahora sumamente conocidos y familiares, para reducir los tiempos en los viajes.

La tecnología textil había desarrollado trajes muy funcionales, muy cómodos y ligeros.

Por aquel tiempo, todos los niños tenían su “paseo espacial” al cumplir los diez años, sus familiares les regalaban una vuelta al planeta durante una hora. Si la familia era algo más pudiente al cumplir los quince se solía repetir este regalo con algo más de duración y, esta vez, acompañados de sus amigos adolescentes.

A pesar de vivir en una sociedad altamente “especializada”, este viaje a la galaxia vecina nunca se había realizado. Hasta el momento había resultado sumamente difícil tener todo controlado para que el resultado fuese exitoso.

Pero ahora, en el momento actual, ya se habían dado, por fin, las circunstancias óptimas para realizarlo: la tecnología se había conseguido y tenían a las personas adecuadas. Se habían superado montones de inconvenientes no solo para traspasar el espacio sino también para llevar la esperanza a su civilización.

Acalia era la número 1 de su promoción en la Academia Intermundial del Espacio. Un lugar donde solo podían acceder los mejores de cada especialidad. Donde se trabajaba en equipos multidisciplinarios para el desarrollo y logro de ese gran periplo.

Se había preparado concienzudamente para el *Gran Viaje*, dormiría algunos años. Muchos más de lo que sería recomendable para un cuerpo como el suyo.

No le importaría dejar atrás su mundo, decir adiós a todo lo conocido y comenzar de nuevo en un lugar especialmente señalado como “amigable” para la vida por todos los científicos de su planeta.

Ella realizaría el viaje soñado durante generaciones y generaciones.

Iba a comandar esa expedición pionera para dejar atrás su galaxia y viajar a la más cercana. Su sociedad quería saber, de primera mano, si era posible adaptarse para comenzar de nuevo en un pequeño planeta ya que el suyo peligraba, pues su estrella madre, posibilitadora de la vida, había entrado en un proceso de destrucción. Se estaba apagando y su final ya estaba cercano.

Acalia, conocía ese pequeño planeta por el nombre que desde pequeña había oído, ese nombre que le pusieron los científicos: III – LV. A ella le parecía un nombre insulso y en sus sueños soñaba que ese planeta era azul, verde, dorado y blanco. Soñaba que esa combinación de colores era preciosa y estaba esperándola susurrando: Tiiii – eeee – rraaaa....

IRSM1963